

# TIEMPO AL TIEMPO

Sandra Ramos Hidalgo



## TIEMPO ALTIEMPO

Como todos los días, cuando se levantó a todo correr de la mesa y corrió hasta su alcoba, su padre le gritó con su vozarrón:

.- A dónde vas tan corriendo cabeza loca, espera un poco en la mesa. Nada, esta chiquilla tiene la cabeza a pájaros, todos los días igual, no hay forma con ella.

Pero ella no hizo caso y cerró la puerta de golpe. Si se daba prisa aún lo vería venir, cansado y sudoroso después de la larga jornada en el campo, con la alforja al hombro y cantando esas jotas que tanto le gustaba oír:

.- Qué cuando vienen del campo vienen cantandooo  
Por qué vienen tan contentos los labradoreeeeee...

Se sentó en la silla de mimbre, entreabrió un poco la persiana y siguió observando, esta vez la ventana de la cocina de la casa de enfrente, en donde otra persiana, enrollada como la suya, dejaba entrever la claridad de dentro y la silueta de Juan sorbiendo la sopa que cada noche le preparaba su madre y echando un largo trago del porrón.

Después, como cada noche, el mozo bajaba al portal, sacaba una silla a la calle y se sentaba a la fresca. María podría pasar horas y horas mirando su cuerpo cetrino y su porte garrido, pero Juan se iba pronto a la cama, o eso le parecía a ella, aunque la verdad es que entre lo que se entretenía esperando a que apagara la luz de su alcoba y las horas que pasaba en su cama pensando en él, cuando su madre la llamaba para levantarse sentía su cuerpo cansado pero su alma llena de nuevos bríos, porque para entonces ya se había levantado un par de veces, una antes del amanecer, para verlo marchar jurando con sus mulas y su padre y otra para ver como su madre ventilaba su habitación sacando las sábanas al alfeizar de la ventana.

María sabía que aquello no podía seguir así, pero seguía. Cada vez le robaba más tiempo al sueño, a las comidas, a las amigas, para sentarse detrás de la ventana y esperar a que saliera por la puerta. En el fondo de su alma sabía que aquello no estaba bien y que los continuos reproches de su padre en el fondo tenían razón, pero no podía evitarlo y cuanto más tiempo esperaba a que viniera Juan, mayor era su felicidad cuando lo veía pasar un momento delante de su ventana...

Pero aquel día algo extraño pasaba en el pueblo. Se había venido hablando desde hacía unos días de la guerra y de que venían los franceses. A María eso no le importaba. Ella bastante tenía con levantarse a la alborada para ver marchar a su Juan camino de las viñas. Pero ese día no lo había visto salir. Lo malo era que seguramente habría salido antes, porque su madre había ventilado la habitación a la hora habitual, lo que quería decir que ya se había marchado y ella no lo había visto. Entonces se acordó de lo de los franceses...

Sí que había oído decir que las tropas de Napoleón estaban cerca y que había que prepararse. Por eso no le extrañó ver durante toda la mañana a la gente acarreado leña y dejándola en montones por las calles. No sabía por qué lo hacían, pero suponía que era por algo relacionado con la guerra. ¡Ella de esas cosas no entendía! Además ni le importaba, lo que quería era volver a ver a Juan.

Sin embargo, sí que le fastidió que le llamara su padre y le hiciera bajar al portal, como siempre, con sus gritos, aunque enseguida se consoló cuando le dijo que le ayudara a amontonar leña delante de la puerta de la casa. Por lo menos desde allí podía ver si volvía.

En efecto, al poco rato, llegó acompañado de casi todos los jóvenes de su edad. Según les oyó decir, venían de inspeccionar las calles del pueblo y tenían todo preparado. Al parecer habían sabido que los franceses venían de Logroño por la Cuesta del Viso y habían pensado llenar el pueblo de hogueras para que pensaran que Fuenmayor ya había sido asaltado por algún otro destacamento y pasaran de largo.

En cuanto hubieron preparado la hoguera les mandaron prenderla y meterse en sus casas. María subió enseguida, cenó con apetito, porque la verdad es que habían trabajado mucho para amontonar la leña y la broza y le dijo a su madre que se iba a la cama enseguida porque estaba muy cansada.

Esa noche fue especial. Desde su ventana estuvo viendo pasar a los hombres del pueblo ajetreteados, encendiendo las hogueras, cantando y maldiciendo contra los malditos gabachos.

Era cada vez más de noche pero cada vez se veía más. El resplandor de las hogueras le permitía adivinar la ladera de la Cuesta del Viso y allí fijó su vista pensando atemorizada en los fieros soldados del emperador, de los que se decía que habían vencido en mil batallas por toda Europa.

El resplandor también le permitía adivinar la silueta de Juan detrás de la persiana. El tiempo iba pasando pero ella no lo sentía. Estaba a gusto esperando... y observando...

Poco a poco un duermevela placentero se apoderó de su mente. Era un sopor del que le gustaría no salir nunca, entreviendo a los soldados franceses que se asomaban a la ladera e imaginando a su Juan saludándole detrás de la ventana. Poco a poco fue pasando el tiempo, y ella seguía sentada, sin sentir nada, poco a poco, tiempo y tiempo...

-----

Definitivamente a Mariusz no le gustaban las fiestas. Para él toda esa parafernalia de cohetes y celebraciones le parecía banal y superflua. Todo esto le apartaba de su rutina diaria y de su trabajo como profesor de geología en la Universidad de Fuenmayork-Tech.

Además y esto era lo que más le fastidiaba en su fuero interno, aunque odiaba reconocerlo, los días de fiesta no podía ver a Tsaria a través de las cortinas de su habitación, por que cuando era fiesta no acudía a la tienda de ropa en la que trabajaba.

Además esa noche era Nochevieja, y mañana, el primer día del nuevo año 29802, tampoco se trabajaba; dos días sin acudir a su trabajo y dos días sin verla. No sabía qué era peor.

Le fastidiaban las costumbres de los lugareños, que acostumbraban durante estos días a perder el tiempo y la noche comiendo esas comidas inmundas preparadas directamente con

animales y plantas muertas y bebiendo esas bebidas que se les subían a la cabeza y les hacían decir y hacer cosas incongruentes, reírse sin motivo y llorar sin tener ganas. Él prefería ingerir dos tubos de preparados anhalurónicos, beber un trago de agua isotónica enriquecida y retirarse a leer, aunque y en eso sí que estaba de acuerdo con los antiguos, prefería hacerlo en los viejos libros de papel antes que en el ordenador de plasma.

Iban a ser dos días muy largos y se preparó para pasarlos leyendo en su mesita situada estratégicamente junto a la ventana, donde aprovechaba la escasa luz del invierno y desde donde podía observar cómodamente la entrada de la tienda y ver entrar y salir a Tsaria con sus vestidos plastificados y sus peinados ultramodernos.

Durante esos dos días sabía que no la iba a ver pero no dejaba de mirar de vez en cuando a la fachada de enfrente. También pensó mucho en su trabajo, en la investigación que estaba llevando a cabo en el fondo del valle, en dónde se situaba la parte de Fuenmayork ahora desértica pero que había sido el origen del pueblo y había estado habitada hasta el siglo XIX, casi en la prehistoria, cuando las tropas francesas quemaron y arrasaron esa parte del viejo pueblo.

Allí estaba la “Piedra sentada”, como se le conocía popularmente, una curiosa formación geológica que el desarrollo urbanístico del pueblo había respetado y que era casi venerada por los fuenmayorkenses que la consideraban uno de sus símbolos más emblemáticos.

Llevaba más de tres meses estudiándola. Habían hecho pruebas, escáneres, ecografías y análisis y habían descubierto que tenía un núcleo metálico de una forma curiosamente parecida a un corazón.

La piedra, vista desde lejos parecía realmente una señora sentada, como mirando a la lejanía, pero Mariusz no creía en supersticiones y aunque conocía la leyenda no le parecía más que algo literario y simpático.

Decían los más viejos del lugar que la piedra era una joven que se quedó petrificada cuando vio llegar a los franceses y que, como estaba enamorada de un mozo del pueblo, las llamas respetaron su alma aunque carbonizaran su cuerpo y lo convirtieran en la memoria fosilizada de lo que pasó en Fuenmayork hace muchos, muchísimos siglos.

.- “Cuando tengamos que anunciar lo del núcleo negro que parece metálico pero que no hemos podido determinar de qué rara aleación se trata, todos estos van a tener carnaza para alimentar leyendas y patrañas” pensó, pero bueno, a él eso no le importaba.

Él seguiría haciendo su trabajo que era lo que le gustaba, concluyó echando una nueva mirada por la ventana. Ya era de noche ciegas y afortunadamente mañana era un día de trabajo.

Al otro día, como siempre, sonó su despertador a las 7,28, se levantó, orinó copiosamente, dejó que la maquina desinfectante le lavara, desayunó a las 7,43 su preparado energético y se sentó a ver entrar a Tsaria a la tienda. Ese día estaba especialmente bella, con un ajustado mono de color plateado y un casquete blanco que le cubría la cabeza. Esperó exactamente tres minutos desde que entró por la puerta y salió hacia su trabajo.

Así día tras día, lunes, miércoles y viernes dando clases y martes, jueves y sábados estudiando la piedra. Pasaban los meses y no acababa de verlo claro. No acababa de explicarse

cómo se había formado la piedra ni de qué estaba hecha, pero se negaba a aceptar siquiera que la leyenda de la muchacha fosilizada pudiera tener algo de verdad. Vamos, faltaría más...

Aquel jueves volvió como cada día del trabajo a las 18,37, entró en su casa, se desvistió, se sentó en su vieja mesita y esperó a que Tsaria saliera de la tienda. Ese día tardó dos minutos y medio más (parece ser que se ha entretenido hablando con la tontaina esa de su compañera, la bajita, pensó) y eso le puso nervioso. La vio recorrer la calle abajo y perderse hacia la zona donde vivía, allá abajo en el casco antiguo, cerca del Museo de las religiones (lo que había sido hace muchos siglos la vieja iglesia del pueblo) y esperó de nuevo tres minutos exactos para cenar y ponerse a leer desde las 19,42 hasta las 23,15 horas, para meterse en la cama de hidrógeno presurizada a las 23,28 y dormir las ocho horas exactas necesarias para que su cuerpo se levantara al otro día con energías renovadas.

.- Vaya, y pasado mañana es fiesta otra vez. En estos pueblos no tienen más que fiestas.

Efectivamente, era el cinco de diciembre y el día siete se celebraba la ancestral tradición de “Los Marchos”, una fiesta local que las autoridades no habían podido erradicar y que habían tenido que seguir permitiendo a pesar de que les parecía anacrónica.

Ese día los lugareños bajaban hasta la “Piedra sentada” y hacían hogueras alrededor. A Mariusz aquello le parecía ridículo e insano pero no le quedó más remedio que acudir con la comitiva oficial, ya que el rector de la Universidad le había dicho que como encargado del proyecto de investigación tenía que acudir a los actos.

Le obligaron incluso a probar aquella inmundicia de comida, las patatas que asaban en los rescoldos y él, poco acostumbrado a comer cosas calientes, se atragantó un poco. Tuvo que beber de ese licor que tanto les gustaba a todos pero que a él le parecía áspero y agrio. Le llamaban vino y a él le sabía a antiguo, a siglos, a prehistoria. Sin embargo, con la quemazón de la comida, se dio sus buenos tragos.

Esa noche cuando volvió a su casa estaba un poco alterado, así que no podía concentrarse en la lectura, y se empeñaba en mirar por la ventana aunque sabía que Tsaria ese día no había trabajado. A las 23,15 sonó la alarma para desvestirse e irse a la cama, pero Mariusz no le hizo caso. Insólitamente siguió mirando por la ventana. Mariusz sabía que aquello no podía seguir así, pero seguía. Le estaba robando tiempo a su descanso, pero seguía allí sentado, detrás de la ventana

Poco a poco un duermevela placentero se apoderó de su mente. Era un sopor del que le gustaría no salir nunca, entreviendo a los últimos borrachos que se retiraban cantando después de la noche de fiesta e imaginando a Tsaria con su mono niquelado saludándole desde la puerta de la tienda Poco a poco fue pasando el tiempo, y él seguía sentado, sin sentir nada, poco a poco, tiempo y tiempo...

Como todos los días, exactamente a las 7,28 sonó de nuevo el despertador....